

Entre conquistadores cudiciosos
Había desta tierra grandes cuentos,
A fama de la cual dos religiosos,
Debajo de santísimos intentos,
Entraron por los pueblos poderosos,
Año de diez y seis y tres quinientos,
La fe de Jesucristo predicando
Y algunos convertidos bautizando.

Pontánselos nombres de cristianos
Segun santa y católica costumbre,
Con la prohibición de ritos vanos
Por traellos á nuestra certidumbre;
Mas por los sacerdotes inhumanos
Que de vellos tomaban pesadumbre,
Estos frailes que dominicos fueron
Coronas de martirio recibieron.

Esta fué la razon por que este hombre
Se llamaba segun habeis oido,
Y la misma no pide que se asombre
Quien está destas cosas advertido:
Por hallar entre indios este nombre
Que traemos acá por apellido,
Quedándose con aquel nombre mismo
Que le debieron dar en el bautismo.

De tan fértiles tierras no contentos
Con tanta poblacion, tanta ribera,
A Meta dirigian sus intentos
Y á la casa del Sol, que entonees era
El blanco de los mas descubrimientos
Que pregonaban en aquella era:
Salió pues el Ortal con sus cristianos
A descubrir aquellos campos llanos.

Descubriánselos reinos estendidos
Y en ellos poblaciones generosas,
Do tuvieron recuentos muy reñidos
Por ser aquellas gentes helicosas:
Hubo victoriosos y vencidos,
Hicieron hazañas grandiosas,
Entre los cuales bandos y cuadrillas
Siempre hizo Delgado maravillas.

Asperezas inmensas tornó llanas
Con mano que no supo ser vencida,
Pero las tres lanificas hermanas,
Cuya condicion es endurecida,
Parece ser que ya tenían ganas
De cortar los estambres de su vida,
Derribando valor del gran Aquiles
No manos de Paris, sino muy viles.

Iban corriendo todos sus soldados
A Guamba, poblacion engrandecida,
Pasaban por asientos despoblados
Sin poder hallar ánima nacida,
Por ser de sus vecinos avisados
Dejar atrás la tierra destruida;
Demás desto mujeres y varones
Eran de helicosas condiciones.

No vuelve las espaldas uno solo
A muchos, y en el tiro de saeta
Nada superior el gran Apolo,
Y muy inferior el diestro geta:
Es cifra lo mejor del pueblo etolo
Y sueño los ecos y el de Creta,
No tuvo Panopes certeza tanta,
Aretusa, Calisto ni Atalanta.

No saben qué es arnés, yelmo ni greva,
Porque la desnudez es su decencia,
Arco y aljaba solamente lleva,
Y estas son sus astucias y su ciencia;
Pero huian de la gente nueva
Por no tener con ellos competencia:
Los nuestros asentaron allí ranchos
Cazando por aquellos campos anchos.

Pues hay por su compás y su distancia
Floridos prados, apacibles cerros,
Y de venados daban abundancia
Blandientes astas con agudos hierros:
También fué de grandísima sustancia
La caza que hacian con los perros,
Y hasta ver los indios y buscillos
Rehacian personas y caballos.

Allí holgaba nuestra compañía,
Por haber de comida muchedumbre,
Y el ir á buscar caza cada día
Tenian casi todos de costumbre:
Deseando también alguna guía
Que desta gente diese certidumbre,
Entre los cuales Agustín Delgado
Salió movido de siniestro hado.

Acompañábanlo tan solamente
Joan de Agueda su hermano, y un soldado:
Adarga del arzon lleva pendiente
Por no salir á caza descuidado;
Pero la caza fué tan diferente,
Que pensando cazar quedo cazado:
No sé cómo poner en escritura
Aquesta trabajosa desventura.

Vió ir un indio solo por el llano,
Y con deseo grande de tomallo
Hizo luego desvío del hermano
Dando de las espuelas al caballo:
El indio con las flechas en la mano
Nunca mostró temer en aguardallo,
Y pudiérale dar golpe nocivo,
Pero no quiso, por tomallo vivo.

El adarga llevaba bien compuesta,
Ansimismo la lanza con aviso,
Y al indio que la flecha tiene puesta
Le dice que se dé, mas nunca quiso:
Antes de tal pelea como esta
No se le conoció ser arrepiso,
Pues siempre le hacia tal amago,
Que mostraba querer no dar en vago.

El sagitario finge que descarga
El tiro por los pechos al caballo;
Delgado reguardólo con la adarga,
Y fuérale mejor aventurarlo;
Pues el diestro gandul con flecha larga
Por do se descubrió pudo clavallo,
Gozando de tal suerte del despojo
Que le metió la flecha por un ojo.

Joan de Agueda que vió la mala suerte
Y en el hermano tan cruel herida,
Del caballo bajó por dar la muerte
Al matador de tan ilustre vida;
Pero rogó por él el varon fuerte,
Y estorbó la venganza merecida,
Teniendo ya sentidos ocupados
En lamentar sus culpas y pecados.

Visto tan lastimero desconcierto,
Llevaron á los ranchos y cabañas
Al indio vivo y al cristiano muerto
Dechado de virtudes y hazañas;
Y el caso miserable descubrió
Llorando se rompian las entrañas,
Por ser de todas gentes bien querido,
Y de nadie jamás aborrecido.

En su disposicion muy bien podia
Competir con cualquiera gentileza,
Tanto que su presencia prometia
Faltar en él resabio de vileza:
Señalóse también en Berberia,
Donde dió muestras de su fortaleza:
Fué hombre natural de gran Canaria
Y de los antiquísimos de Paria.

El entierro se hizo no pomposo,
Porque no lo sufrió tal coyuntura,
Y á la sombra del maco mas umbrroso
Se le dió la terrena sepultura:
Epitafio se puso doloroso,
Las letras dél en la corteza dura,
E yo vi que decian sus renglones
Estas mismas palabras y razones:

AQUI YACE SEPULTADO

EL BUEN AGUSTIN DELGADO.

Esta funeral fiesta concluida
En Guamba, segun tengo descubierto,
Jerónimo de Ortal aunque con vida,
Por muerte del Delgado quedó muerto:
Viendo para su mal y su caída
Mostrarse camino mas abierto,
Mas procuró por modo conveniente
Dar el remedio que le fué posible.

Para lo cual fué luego convocado
De sus soldados número de gente,
Y el Alvaro de Ordás salió nombrado
Por general y por lugarteniente:
Quedóse Martín Nieto resabiado,
Aunque mostró tomallo blandamente,
Y para la venganza con efecto
Trató ciertos motines en secreto.

Fué su negociacion tan acordada
Y tan persuasivas las razones,
Que la maxima parte de la armada
Correspondió con estas intenciones;
Y al punto y á la hora concertada
A los pocos pusieron en prisiones;
Fué fácil de hacer esto que digo
Por ser familiar el enemigo.

Demás del aleveso desatino
Que se perfeccionó con gran cautela,
No les dejaron arma ni rocino,
Espada de provecho, ni rodela:
Con intenciones de hacer camino
A la gobernacion de Venezuela,
Para juntarse con los capitanes
De Berzarez y ricos alemanes.

Concluso sin contiendas ni peleas
Este feo motin y detestable,
Y tomados caballos y preseas
Con servicio de indios razonable,
Dijeron al Ortal palabras feas
Llamándole de vil y miserable,
Indigno de tener segun él era
Tantos buenos debajo su bandera.

Diez le dieron favor en su ruina
Por el rey fidelísimos vasallos,
Y destos un Torrellas determina
Por avisados medios ablandallos:
Al fin para volver á la marina
Les hizo que les diesen seis caballos,
Con ellos y otros diez de gente suelta
El Ortal á la costa dió la vuelta.

Soldados diestros, hombres de gran tomo,
Entre ellos Alonso Alvarez Guerrero,
Ordás, Pero Martín, Chaves, Perdomo,
Quirós, Torrellas, noble caballero;
Joan de Agueda y otros, no sé cómo
Pueda decir sus nombres por entero,
Pues es esta distancia tan notoria,
Que aunque los vi, se pierde la memoria.

A la vuelta se vieron en aprieto
Por no hallar la gente ya tan blanda,
Y los rebeldes Alderete y Nieto
Y el Villagrán y el resto de su banda:
Con amistad de todos y respeto
Llevaron adelante su demanda,
Y dieron por la tierra discurriendo
Con Fedrimán, que andaba descubriendo.

Nicolao Fedrimán en esta era
A su mandar tenia gente harta,
Reteniendo debajo su bandera,
Y sin le consentir que dél se parta,
Al valiente varon Joan de Ribera,
Insigne capitán de Santa Marta,
El cual venia con poder bastante
A descubrir por el dotor Infante.

Deste fuerte varon, cuando comienza
A tratar este reino y sus lugares,
No se halla valor que no se venza
De los suyos, que son mas singulares;
Porque cierto podia sin vergüenza
Competir con los fuertes doce pares,
Y si mis dias no fueren estrechos
Yo diré del Ribera grandes hechos.

Pasando pues del Cabo de la Vela
Descubriendo la tierra circunstante,
El Fedrimán llegó de Venezuela
Con gentes y pertrechos al instante:
Y hizo con astucias y cautela
Que juntos descubriesen adelante;
Ribera consintió con lo rogado,
Pero fué mas por fuerza que de grado.

No se hallaba fuera desta furia,
Sino por principal en este cuento,
Mateo Sanchez Rey, el de Liguria,
Que de valor tenia cumplimiento:
Al cual ya tiene la celeste curia
Y en este reino deja monumento,
Y á su doña Casilda, que en aviso
Y hermosa tiene cuanto quiso.

Estaba Diego Ortiz, que es residente
En Vélez, deste reino de Granada,
A quien ventura corta no consiente
Siquiera pasada limitada:
Siendo justificado pretendiente
De cualquiera merced muy señalada,
Pues sus servicios puestos en memoria
Habian menester cabal historia.

Estando juntas pues las dos armadas
Con todo buen recado y advertencia,
Las gentes del Ortal amotinadas
Al Fedrimán le dieron obediencia;
Y en dar el parabién de sus llegadas
No pudo ser mejor el aparençia,
Pero de los caudillos deste hecho
Nunca jamás estuvo satisfecho.

Pues aunque malos, pueden ser mejores
Cesando de dañar quien hizo daño,
Los que son una vez engañadores
Mal pierden el favor de tal engaño;
Mas antes andan vivos los dolores,
Aunque se pase mes y pase año,
Que justa paga es del fementido
Cuando dice verdad no ser creído.

Por esto Fedrimán como discreto
Envio con recado conviniente
Al Alderete, Villagrán y Nieto,
A la mar so color de llamar gente;
Pero despachó cartas en secreto
Para que los destierren brevemente,
O no les consintiesen dar la vuelta
Por no le convenir gente tan suelta.

Aquesto se cumplió luego á la hora,
Y aun creo los tuvieron en prisiones,
No para ser justicia vengadora
De sus delitos y rebeliones;
Pero volvamos al Ortal agora
Concluyendo sus peregrinaciones,
Haciendo canto nuevo y ultimado,
Por quedar sin aliento del pasado.

CANTO SETIMO,

Donde se cuenta cómo Jerónimo de Ortal llegó á su pueblo de Neveri en la costa, cómo se escapó de Antonio Sedeño, y lo que mas le sucedió hasta su muerte.

El que gente de guerra regir suele
Para tener segura la matanza,
No cumple con que solo se recelle
Del contrario que tiene gran pujanza;
Pero también conviene que se vele
De los que están debajo de su lanza,
Pues armas del doméstico enemigo
Riguroso furor tienen consigo.

Y así los humos destos desvarios,
Si condensaren nube de sospecha,
Tener apercebidos los rocios
Antes que salgan llamas aprovecha;
Pero si los remedios son tardios,
La suerte del contrario queda hecha,
Y es menester, en caso semejante,
Por no quedar atrás, estar delante.

El descuido de Ortal aquí fué sumo,
Juzgando las verdades por novela;
El cual no solamente vido humo,
Pero también centellas de candela,
Y con se resumir lo que resumo,
Nunca creyó ser necesaria vela;
Y así, como no hizo cuenta desto,
Quedó de su potencia descompuesto.

Hizo camino pues con sus leales,
Rompiendo grandes fuerzas y pujanzas,
De aquellos belicosos naturales
Que defendían casas y labranzas:
Do las seguridades principales
Les daban las espadas y las lanzas,
Por ser al barbarismo desta gente
Esta seguridad mas conveniente.

En tierra ya de paz los caminantes,
Hicieron á la mar partida presta,
Adonde todos eran ignorantes
De tan breve venida como esta;
Y do por las revueltas dichas antes
Les era la guarida mas molesta,
Por estar el Sedeño con intento
De venir con Ortal en rompimiento.

De manera, lector, que cuando quiso
Evitar á caribes la tragona
Crüel hija de Focis ó de Niso,
Amenazas de muerte le pregona:
Y á no tener con ambas gran aviso,
Grande riesgo corria su persona;
Mas escapóse de crüeles manos,
Por industria del padre Castellanos.

Y tengo yo por muy averiguado,
Que si no se saliera del estrecho,
El muriera suspenso y ahorcado,
Sin mirar á justicia ni derecho,
Por estar el Sedeño tan dañado
Que cometiera ya cualquier mal hecho;
Y así, por lo traer á su presencia,
Fué la que puso suma diligencia.

Mas puestos en la playa deseada,
Cada cual por su parte recatado,
Hicieron con escuro la llegada
Al pueblo que el Ortal dejó poblado,
Tres leguas mas abajo del armada
Y campo del Sedeño reformado;
El cual para partir estaba presto
Debajo del desino ya propuesto.

Un maestre Joan, que lombardero era,
Siendo de vela dijo quien venia;
Salieron por lo ver á la ribera,
Diciéndole cuan gran riesgo corria:
Al instante le dio barca lijera,
Equipada de buena compañía,
El clérigo francés, principal hombre,
Que se llamaba de mi mismo nombre.

Sin gozar allí punto de sosiego,
Y sin llevar cabal matalotaje,
La vuelta de Cubagua se fué luego,
Y á vela y remo hizo su viaje;
Y no fué de cobarde ni de ciego
Ser él el que llevaba su mensaje;
Pues no costara menos que la vida,
Si no fuera de noche la partida.

Porque otro dia luego de mañana,
Algun indio ladino que los vido
Llevó las nuevas á Maracapana,
Diciendo que Ortal era venido;
Sedeño, de su gente mas lozana,
Juntó consorcio bien aperebido,
Mandándoles con ásperas razones
Que luego lo trajesen en prisiones.

A Neverí llegó la gente brava,
Armada de rigor descomedido,
Y sabida la vuelta que llevaba
La dieron á decir lo sucedido:
El Sedeño las barbas se pelaba
Desque supo que Ortal era huido;
Pero fusta de remos mas espesa
Mandó que lo siguiese con gran priesa.

Entre muchos que iban á prendello,
Fueron los dos hermanos Antillanos,
El capitán Copete, Mesa y Tello,
Que también estos tres fueron hermanos:
Zamudio, Ontiveros, Joan de Argüello,
Cabrera, Joan Martín de Castellanos,
Con mas que mi memoria no sustenta,
Y con quien el Ortal tuvo gran cuenta.

Pues el tiempo que suele ser lijero,
De la region etérea movido,
Muchos hizo venir á pagadero,
El campo del Sedeño destruido:
Siguiéron pues á este caballero
Hasta Cumana, puerto conocido,
Do para lo prender faltó remedio
Por haber puesto mucho mar en medio.

Queriendo ser mas Tanrea Campano,
Que hizo de su fuga confianza,
Que Claudio Asello, milite romano,
Que solo la tenia de su lanza:
Vacía se volvió sedeña mano,
Perdida de prision el esperanza;
Libre pues el Ortal de tal encuentro,
Sedeño se partió la tierra adentro.

Recogió del Ortal muchos soldados,
Cuyo fiel valor experimenta;
Y para los llevar bien aviados,
Caballos, armas, ropas les presenta:
Hubo después negocios muy pesados,
De que, mediante Dios, yo daré cuenta;
Pues los Sedeños de presente huyen,
Y los de Ortal agora se concluyen.

El cual, considerada la demencia
Del Antonio Sedeño y la malicia,
Envió sus despachos al audiencia,
Demandando remedio por justicia:
Despachose juez de residencia,
De quien también daré larga noticia:
Al tiempo que mejor me pareciere,
Y con la claridad que yo pudiere.

Porque para tratar cumplidamente
La vida del Ortal en lo restante,
Aunque un negocio de otro va pendiente,
Habremos de hacello discrepante:
Poniendo por escrito de presente
Cosas que sucedieron adelante,
Después que noche del eterno sueño
Escureció los ojos del Sedeño.

Por no ser los enojos difinidos
Aunque sus dias fueron acabados,
Antes por los agravios recebidos
El Ortal se vengó de sus soldados;
Y aquellos que pudieron ser habidos
Fueron por su respeto castigados,
Y en este lugar cuple que mi pluma
Con brevedad posible los resuma.

Pues cada cual elegía representa
En relacion historia recogida,
Y aquel gobernador que la cimenta
No consiente que vaya dividida:
Sino que de un voleo se dé cuenta
De todos los sucesos de su vida;
Y así, pues la presente tiene dueño,
Acabada, diremos del Sedeño.

El cual, mucho después de su partida,
Y de revueltas otras y rencillas,
Ansimismo partió de aquesta vida,
Por cuyo fin también hubo cosquillas:
Tales, que fué su gente dividida
En dos contrarios bandos y cuadrillas;
Unos la gente siguen alemana,
Otros volvieron á Maracapana.

Estos por los delitos cometidos
Y excesos que serán conmemorados,
A instancia del Ortal eran punidos,
Y de los que tenían agravios:
Fueron en este puerto detenidos,
A fin que todos fuesen castigados;
Entre ellos un Aduza y Joan de Argüello,
A quien la sogá hizo largo cuello.

Pues muchos menearon los tobillos
Pareciendo mas sano dar la vuelta,
Que puestos en cadenas y con grillos
Pagar el carcelaje sin la suelta:
Fueron los sobredichos dos caudillos
Deste motin y última revuelta,
Y todos por llevar caballos buenos,
Se quisieron valer de los ajenos.

Escogió cada cual á su contento,
Porque por la zavana repastaban,
Y Aduza dijo ser acertamiento
Dejarretar los otros que quedaban,
Porque no fuesen en su seguimiento:
Aquellos de quien ellos los llevaban:
Astucia de sagaz y de discreto,
Si acaso la pusieran en efeto.

Mas hubo también otras opiniones
Torpes en afezar aqueste hecho,
Y así faltaron las ejecuciones
Que les pudieran ser de gran provecho;
Pues acontece muchas sinrazones
Asegurar con otras su derecho;
Y aunque la culpa hace muy mas llena,
A veces se reservan de la pena.

Fueron pues diez y seis aperebidos
De caballo, de lanza y de rodela,
A quien noche sacó sin ser sentidos,
Como la que de tales es tutela:
Volvian por los pasos conocidos
A la gobernacion de Venezuela;
Y en Cubagua justicia y regimiento,
Luego supieron el atrevimiento.

Condenando la culpa por atroce,
Cometen al Ortal aquel castigo;
Ortal, que sus afrentas reconoce,
Mucha gente cabal llevó consigo,
Con deseo de dar alguna coce
A quien se le mostró tan enemigo;
Y en tierra firme puestos deste puerto,
Lo que el Aduza dijo salió cierto.

Pues luego los caballos ensillados,
Que vimos escapar del duro trance,
De huellos fugitivos enseñados,
A gran priesa siguieron el alcance;
Pero los delincuentes confiados
No supieron jugar segundo lance;
Pues ó por flojedad ó mala guia
Se dieron menos priesa que cumplia.

Al gran río de Guárico llegaban
Como setenta leguas caminadas,
Do los cansados cuerpos reposaban
En playas y riberas cultivadas,
Cuando los que por ella caminaban
Fresquisimas hallaron las pisadas,
Y el Ortal reparó la gente presta,
El rigor esperando de la fiesta.

Apolo ya las sombras retiraba,
Pues casi por zenit se les subia,
Y el eje por el medio resacaba
Con los dorados carros que regia,
Cuando frescor umbroso convidaba
Al descanso que el cuerpo les pedia:
Entonces el Ortal y sus soldados
Dieron en los que estaban acechados.

Bien como peje narces ó torpedo,
Que sin tocar entume miembros sanos,
Y para ser su cebo se está quedo
El peje de los rios destos llanos;
Así los asaltados con el miedo
No pudieron valerse de sus manos,
Por verse rodear tan de repente,
Y no temer aquel inconveniente.

No faltaron allí duros sayones
Que con oprobios y palabras feas
Los pusieron en ásperas prisiones,
Ansí colleras como arropesas,
Representándoles viejas pasiones
Habidas en reencuentros y peleas;
Otros también de mas noble talento
Usaban de mejor comedimiento.

Estaba del Argüello muy sentido
Jerónimo de Ortal por lo pasado,
Y así, sin le guardar orden debido,
A muerte natural fué condenado:
Finalmente, que fué, sin ser oido,
De la rama de un árbol ahorcado,
Ejecutando fuera la sentencia
De su gobernacion y pertenencia.

Argüello muerto, como dije antes,
Con muestra de grandísima paciencia,
Llegaron á Cubagua los restantes,
Donde estaba juez de residencia,
Y adonde no faltaban querellantes,
Ajenos de virtud y de clemencia:
Afrentaron soldados de gran suerte,
Y Aduza padeció pena de muerte.

Conclusos estos casos tan estraños,
Indignos de cubrirse con timiebla,
Ortal, pobre, pasó por muchos años
En casa de un vecino dicho Niebla:
Fué después contador, mas no de daños
Que hacia sin orden y sin regla,
Herrando libres indios por captivos,
Cuyos números fueron escesivos.

Estando pues el pobre con resuello
Menor que para lo cotidiano,
Y tan pobre que mas no pudo sello
Aquel Epanionondas el tebano:
Ante los oidores un Argüello
Quejó del por la muerte del hermano;
De manera, que fué por su presencia
A defender sus causas al audiencia.

Para satisfacion del tal esceso
Faltaba lo que el otro pretendia,
Por ya no ser Ortal, Mida ni Creso,
Ni tener lo que Pitio tenia,
Ni aun para pagar costas de proceso,
Y así se concertó por cierta via:
El Ortal, libre ya desta manera,
Tomó en Santo Domingo compañera.

Gozando de mujer, dama lozana,
Una siesta cubierto de sudores,
Por asiento tomó cierta ventana
Para tomar del aire los frescores,
Donde septentrion ó tramontana
Hacia mas templados los calores,
Y luego, como aquel rey Andebunto,
O como Nicanor, cayó defunto.

En proporciones era delicado,
Y también en sus tratos tuvo esto:
Fué grave con nota de pesado,
Varon gallardo, suelto, bien dispuesto:
La barba clara, rostro bien formado,
Alegres bjos, apacible gesto,
Decian de buen pecho ser ajeno;
Pero por cierto yo lo hallé bueno.

Honró su funeral ilustre gente
Como suele ciudad tan generosa
Al que es inferior y al eminente,
Sin que de claridad le falte cosa:
Enterraronlo muy honradamente
En parte conveniente y honorosa,
Y donde las exequias se hacian
Pusieron unos versos que decian:

*Continet Orthal, bustum quod cernitis, ossa,
Qui factus Cræsus, factus et ipse Bilon.
Valde dolet varios huius perpendere casus,
Plusque dolet nobis tam citus interitus.*

Tiene aquesta sepultura	Dolor es que desatina,
A Jerónimo de Ortal,	Considerar su ruina;
Cuya carrera fué tal,	Pero lo que mas dolió,
Que en ella le dió ventura	Fué morir como murió.
Antes bien y después mal.	De muerte tan repentina.